ABC 25 abril 1959 (51) 104

SEÑOR JUEZ

EL Juzgado del pueblo está donde menos puede suponerse. No siempre en sitios céntricos, a veces en calles escondidas, emparedado por las más peregrinas vecindades. Raramente en la primera planta, con frecuencia al final de escaleras desvencijadas, casi nunca en casas modernas. Las casas modernas no tienen la amplitud, el vuelo que los Juzgados necesitan. Algunos Ayuntamientos los guardan a su vera misma. Un tabique de panderete separa las alborotadas deliberaciones de los regidores de la callada meditación del juez. Para llegar a su despacho hay que pasar siempre por el del secretario. Inmensas estanterías guardan los polvorientos legajos, los ya amarillos folios en los que quedó constancia del misterioso crimen del que fué víctima Juan Gutiérrez, encontrado en el fondo del pozo, y del que nunca se supo si murió de muerte voluntaria o casual, folios que nadie desempolvará jamás, porque a nadie importó Juan Gutiérrez muerto, como a casi nadie le importó vivo; aquellos, más antiguos todavía, del pleito de la marquesa fantasmal contra sus colonos; aquellos de la herencia, impugnada, de doña Matilde, la usurera; aquellos en los que quedó puntual relación de cómo Paco Cruces, por mal nombre Patafría, reconoció haber tirado una puñalada trapera—los pícaros celos—a Crisóstomo Expósito, alias "el Cejas"... Toda la historia pequeña, diminuta historia de los odios y las ruindades, de la sangre vertida y las disputas empeñadas por las pasiones, inmensas, y la riqueza, exigua, del término...

Pasada esa estancia, en la que un oficial desganado teclea en una máquina de escribir, hay una puerta cuyo dintel dice, sacramentalmente: "Señor juez". Esa puerta no se abre siempre, se abre muy pocas veces y cuando se abre, suele dejar ver a un muchacho joven, amable y severo. Tiene sus oposiciones próximas, lleva en la solapa la insignia de su cargo y acoge al visitante con mesura y cortesía.

—Sosegaos y hablad—decía Felipe II a los que acudían a visitarle desde todos los puntos de España, desde todos los puntos del Imperio—. Sosegaos... —Porque entraban alterados, perdido un tanto el dominio de sí mismos en presencia del Monarca.

El juez nos escucha atenta e impenetrablemente. Nosotros esclarecemos algunos puntos que tal vez no constan con la debida precisión en los autos, que acaso se escaparon de los hechos de la demanda. Nos sonríe, de un modo impersonal y vago, nos contesta con unas palabras borrosas... Pocas veces en mi vida he visitado a un juez. Jamás creo haber estado no ya brillante, ni convincente siquiera. ¡Ah!, buen cínico será aquel al que no le pesen ni le intimiden las mal encaladas paredes de su despacho, con un calendario para el cómputo de los plazos, con los estrictos retratos oficiales, con el Alcubilla y el Aranzadi, casi siempre incompletos, con el frailuno sillón de negra madera torneada y, si el frío aprieta mucho, que sí suele apretar, la pequeña estufa eléctrica amenazando al importuno como un mastín receloso, con su enrojecida dentadura.

Cuando las horas de trabajo concluyen, el señor juez abandona su puesto y retorna a su casa. A veces el señor juez vive en el piso de arriba y así el trayecto es corto; a veces, no. Entonces sale a la calle mientras el alguacil de las citaciones le da su "Hasta mañana, don José" y el urbano de la puerta le rinde honores de concejal. Va por las calles del pueblo, angostas, pinas y entristecidas, soñando acaso con luces de la Gran Vía, fieros acantilados del puerto natal, olorosas huertas del hogar paterno y entreverando con todo ello el artículo 811 de las reservas troncales o aquellos que regulan los deslindes y amojonamientos de los montes públicos. Va pensando también que la mujer está a punto de tener el segundo hijo, que ya se disiparon los ahorros que sirvieron de cirineo a la luna de miel, que ya se difuminó melancólicamente la sorpresa de la nueva vida, la fruición de ser autoridad y de oírse llamar ilustrísima, y que si bien empieza aburrirle presidir procesiones y dar jaque mate al registrador, todavía le aterra, sin embargo, levantar cadáveres de automovilistas estrellados en los quitamiedos de las curvas cercanas. Va devanando el señor juez tan mezcladas reflexiones, mientras la esposa prepara el parvo almuerzo, apenas hechas, sin reponerse aún del pasmo cotidiano, las cuentas de la plaza con la maritornes de ojos espantados. ¿Cómo dividir por treinta el estrecho sueldo? ¿Cómo dividir el cociente de forma que todas las obligaciones del hogar resulten atendidas? La esposa del señor juez hará milagros, sacrificará perifollos y cosméticos, pedirá socorro—allá, hacia el veinticinco—a la familia de Madrid y esperará, así, el redentor sobre verde de primeros de mes, en el que, entre la cifra de partida y la final, utilidades, mutualidades y timbres clavan sus garras.

Al Juzgado llegan, de tanto en tanto, asuntos espinosos en los que se ventilan intereses o rencillas, pleitos que la mala voluntad o el orgullo alientan desde tiempo inmemorial o que se inician de súbito tras la disputa en el Casino. El señor juez pesa y mide, como un alquimista purísimo, la razón de cada uno y se la da a quien la tiene. Antes ha rechazado las dos butacas que le mandó el empresario del cine porque, ¿quién no le dice que, cuando menos lo piense, no será demandado o demandante?; la pareja de pollos que le envió Pedro, el factor de la estación, en una cesta de mimbre, por haberle absuelto cuando lo de la consigna; la tarta de hojaldre que cocinó para él doña Sebastiana, la del estanco, el día en que falló el interdicto de recobrar... El señor juez ve cómo le cerca el halago, la sonrisa, la adulación de todos. Porque todos saben que si hoy no, mañana pueden estar sujetos a sus decisiones, pendientes de su firma para el bien o para el mal. Y hay que mimarle.

Yo, que he parado en el bar de la plaza a refrescar la garganta, lejos aún del final de mi viaje, vuelvo la cabeza cuando alguien le llama, no por su nombre, que ignoro cuál es, sino por su cargo. Yo le veo, entonces, pero no interesadamente como sus vecinos, sino con irreprimible ternura, con admiración sin límites. Hace setenta, ~~sesenta~~ años, en las lindes del Eo, bajo la tierna lluvia de Castropol, en la alameda de Tuy, girando en torno al quiosco de la música del paseo de Luarca, otro juez, de quien yo heredé por línea directa el respeto a su augusto sacerdocio, vivía su limpia vida de funcionario, enamorado de su misión, consciente de que pocos oficios hay, bajo la capa del cielo, que superen al del juez en belleza, en fascinación... y en sacrificio.

A lo largo de tanto tiempo, cuántas cosas, ¡Dios mío!, han cambiado su faz y su ser sobre la movediza tierra que pisamos, cuántos vaivenes políticos nos han zarandeado, cuántos opuestos régimenes nos han impuesto su ley, a compás de cuántas diversas formas de gobierno hemos sido niños, jóvenes y hombres maduros... Pero, ajeno a tantas mudanzas, el juez, igual que siempre, sigue escribiendo sus fallos, dictando sus sentencias dentro de la cámara neumática en que su propia honestidad le instala, habitante de un planeta donde los estimulantes afectivos no cuentan, rozándose con seres humanos como si él mismo no lo fuera, alzado, señorialmente, sobre las filias y fobias de los demás, soterrando las suyas, devoto de una divinidad cuyo imperio no prescribe: el Derecho.

Nada empalideció su autoridad ni su prestigio desde entonces. "Señor juez"... Allí está, entre horribles y sórdidos muebles renacimiento, iluminado por las únicas bombillas con tulipa que aún le quedan a nuestra Administración, el abrigo colgado de un perchero con espejito sobre fondo de un desteñido damasco. "Señor juez"..., cenicienta del público erario, intergérrimo, austero, heroico...

Se va ahora, calle abajo, en tanto que abandono el bar y subo de nuevo al coche.

Mientras esa sutil urdimbre—pienso yo, carretera adelante—, mientras esa delicada maquinaria de la Justicia no se rasgue ni se enmohezca, mientras al juez le nimbe su ejemplaridad sin tacha, mientras la balanza, que es su santo y seña, continúe, inmutable, en el fiel, la inmaculada majestad de su toga nos ennoblecerá a los españoles todos.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española